

José Lázaro Galdiano, hombre y patriota ejemplar

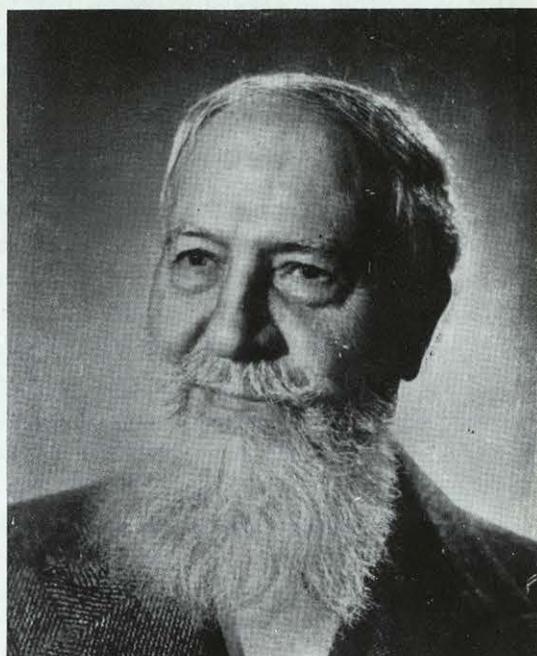
El día 30 del pasado mes de enero se han cumplido los cien años del nacimiento de un hombre. José Lázaro Galdiano fué el nombre terrenal de esta criatura de excepción, que con su trabajo y su amor al arte ganó para sí algo más que millones y honores: ganó renombre.

Amasar dinero parece ser bastante factible y fácil para determinada clase de personas a las que científicamente se les conoce con la etiqueta latina de *homo economicus*. Son esos que se hacen millonarios en unos pocos años partiendo de la nada y de los que la historia moderna, sobre todo la norteamericana, nos presenta ejemplos muy apasionantes.

José Lázaro Galdiano fué uno de ellos—también su familia era de esas en las que no sobra nada, pero familia hidalga—, "hijo de algo" que le permitió con sacrificios estudiar la carrera de Leyes. El 30 de enero de 1862; esta es la fecha en que José Lázaro nació en Beire (Navarra), y algo de la tenacidad y la valentía que dan a sus hombres aquellas tierras debió de quedar como el mejor don en el recién nacido.

Vida de negocios afortunados. El dinero iba llamando al dinero, en sus actividades desplegadas principalmente en esa capital española del comercio que es Barcelona. A principios de siglo, en Roma, se une por sacramento de matrimonio con Paula Florido, delicada belleza argentina, poseedora también de grandes caudales. Matrimonio de amor y de afinidades estéticas y matrimonio sin hijos, dato éste que no es de lamentar, sino al contrario, pues tal vez esa falta de sucesión directa fuese uno de los motivos que incrementaron la principal pasión de la vida de Lázaro Galdiano: la pasión de coleccionista artístico.

Cuando ahora recorremos las salas de ese asombroso Museo que lleva el nombre de su fundador, apenas podemos creer que en una época tan cercana se haya podido coleccionar tanto y tan diverso y valioso. Aun contando con los ochenta y cinco años que vivió José



Lázaro, aun contando con los muchísimos millones de su fortuna, cuesta trabajo admitir que un solo hombre pudiera realizarlo.

Milagros del amor y de la fe. Sólo un apasionado hasta esos extremos límites, sólo quien tiene seguridad absoluta en su juicio (aunque éste sea equivocado para los demás), puede lograr empresas de esa envergadura máxima.

El profesor Camón Aznar, director del Museo Lázaro Galdiano desde su fundación, ha escrito y ha repetido en varias ocasiones con motivo de este centenario, que consideraba a Lázaro Galdiano como un genio fracasado que se refugió en el coleccionismo al no encontrar otra forma de creación artística personal, "un genio sin expresión adecuada, que, desde la orilla de su falta de

una técnica creadora, contempla con nostalgia esos monumentos que otros genios han sabido concretar. Y su venganza es hacerlos suyos, atesorarlos en su intimidad”.

Estimamos que la genialidad puede darse en cualquier actividad de la vida y que precisamente el genio de José Lázaro fué su aptitud coleccionista, que no todos pueden cumplir en igualdad de condiciones económicas. Que no se hable de venganza en estos afanes, la venganza se satisface pronto. No así el amor, que puede ser eterno y eternizarse.

Bien lo eternizó Lázaro Galdiano, en vida y después. Ejerciendo en todo momento un derramado mecenazgo que no se limitó al acopio de obras singulares. En todo momento alentó trabajos de cultura e investigación, desde la editorial *La España moderna*, que fundó y dirigió con selectivo criterio, hasta aquella tiernísima invención de premiar las cartas más patrióticas que los soldados de la guerra de Africa hubiesen escrito a sus madres.

Revista Internacional, Revista de Derecho y Sociología, La Nueva Ciencia Jurídica, La España moderna fueron revistas también debidas a la inquietud en todos los campos del saber de José Lázaro. Más de seiscientos volúmenes salieron de su editorial, con los nombres más prestigiosos de las letras y del pensamiento nacional y extranjero. Traducciones de obras capitales que por primera vez se publicaron en España difundiendo temas históricos, artísticos y literarios de máxima actualidad.

Y toda esta ingente labor, en una España desengañada y empobrecida por las guerras civiles y los desastres coloniales. De siempre ha sido más meritoria la voz que clama en el desierto.

La curiosidad y la afición coleccionista de Lázaro Galdiano no conoció fronteras y llegó torrencial a todas partes. Por millares hay que contar no sólo las pinturas, esculturas y artes suntuarias, sino también los manuscritos, incunables y libros raros. Si a veces la ganga es apreciable entre los filones de mineral noble, con ello ya tiene que contar el recolector, y más en el caso de Lázaro, que tuvo el prurito de no comunicar a nadie ni el origen ni el precio de todo lo adquirido.

Actitud la del coleccionista que lamentamos, pues sería apasionante conocer la novelesca historia de todas las piezas de su colección, cuyos rastros eran seguidos con la paciencia del investigador y la sagacidad del detective.

En el Museo y Fundación “Lázaro Galdiano”, en la revista de arte Goya queda perenne la huella de un luchador, de un luchador y un vencedor de la mejor lucha: la de las altruistas empresas del espíritu. Personalmente, sólo lamentamos el nombre de la funda-



ción, de manifiesta injusticia. Hubiese sido más delicado y más certero llamarla “Galdiano-Florido”, pues en la empresa tanto pusieron uno como la otra parte de la razón matrimonial. “Galdiano-Florido” sonaría como un exótico árbol cuyas flores ya hace tiempo que se convirtieron en sazonados frutos.



María Antonia Dans, pintora de la Galicia bulluciosa

Desde la dulzura, desde el mimo, desde el claro candor, tal vez velado por las lágrimas. La pintura de María Antonia Dans no grita, no gesticula, no aturde; es más bien como arrullo, como lejano rumor de “nana” que deja por todos los seres y cosas una caricia de amparo materno, nutriciamente generosa.

El color se expande en manchas diáfanas, como de amaneceres concretos en los que cada forma aparece delimitada y fundida con el entorno al mismo tiempo. Es ésta pintura de mujer y lo mismo pintura-pintura, en sus calidades intrínsecas. Y en lo que más patente se hace la sensibilidad femenina es en la ordenación y tratamiento de los seres pictóricos, elaborados con el mismo cuidado afectuoso con el que una madre puede acicalar a sus rapaces para que vayan a la escuela.

La tierra manda. La tierra natal sigue enviando sus